

REVISTA CHILENA.

---

## ALGO SOBRE EL HOMBRE.

---

### SUEÑOS QUE PARECEN VERDADES I

#### VERDADES QUE PARECEN SUEÑOS (1).

Preocupado con la pesadilla de la noche antepasada i asaz mohino i de mal talante por las pruebas que se agolparon en mi imaginacion, tendentes todas a demostrar la casi insignificancia del hombre colocado al frente de la inmensidad de lo creado, quizas averigüe, para consolarme, si el hombre constituido en nacion, tendria siquiera por su prolongada existencia, mas significacion en la tierra, su patria natural, que aquella que tiene el hombre individuo por su tamaño natural, tanto en la tierra como en el cielo.

Fuéme pues necesario, para salir de dudas, entrar de lleno en la abultada seccion que tengo destinada a la historia en mi empolvada biblioteca. ¿I qué resultó? Lo que en la noche anterior segun entiendo, por la poca hilacion de los recuerdos que evoco en este momento para trasladarlos al papel.

Encontraba no sé qué identidad o semejanza en el resultado final del estudio forzoso de la historia universal, tal como se enseña en el dia en los establecimientos de educacion, con el resultado del estudio, igualmente forzoso, de las lenguas muertas; pues ambos, a la corta i aun a la larga, importan para el educando mucha mé-

---

(1) Véase el tomo II de esta Revista, páj. 549.

nos plata que la que ha pagado por adquirirlos. ¿Qué son en efecto los testos i los compendios que ponemos en las manos del niño para enseñarle la historia? ¿Qué son las mas latas historias universales, i las voluminosas crónicas que recorreremos despues? Con contadas escepciones, todas ellas no son mas que la relacion de las intrigas de palacio, la de la vida i la de los milagros de cada uno de esos microscópicos seres animados a quienes la debilidad o la jeneral simpleza de nuestra raza, junto con el derecho de descuartizarlo, condecora con los pomposos títulos de Reyes, de Emperadores, de Sultanes, de Presidentes, de Mandarines o de Caciques.

La verdadera historia del hombre, los progresos morales e intelectuales de la humanidad, sus adelantos materiales, las causas que los promueven, aquellas que los entorpecen o los destruyen, son para la jeneralidad de los historiadores asuntos tan secundarios, que apénas les merecen tal o cual renglon en calidad de apéndice, i no siempre; al paso que embarran pliegos enteros de papel en apuntar el nombre i el apellido del mandarin, el dia i la hora del nacimiento del nene, el dia i la hora en que murió, lo que dijo, i casi siempre lo que no dijo, pues a falta de otra cosa, amenizan sus relaciones prestando a sus héroes dicharachos o discursos que ni en sueños se les ocurrió decir; en describir i comentar matanzas hechas con órden simétrico i al compás de atabales i cornetas; en llamar héroe al que mas garrotazos acertó; en llamar torpe al que los recibió; en describir intrigas i acechanzas condecoradas con el nombre de Diplomacia, llamando mas hábil al que supo ser mas bribon; en pintar el robo i el despojo a mano armada, con sangre fria, condecorando con el nombre de Grande al que pudo perpetrarlo, como si la historia i la moral tuviesen diccionarios especiales!

En cuanto al estudio forzoso de las lenguas muertas, no cansando a mis lectores, mis veras que parecen chanzas, algo tendria que decir mas adelante, permitiéndolo el tiempo.

La historia, pues, i muchas otras obras mejores que la historia, cuando no se apartan lo bastante de ese polvo animado que llamamos hombre, pare poder mejor abrazar su conjunto, i calcular, por la comparacion, los límites de su insignificante importancia física i moral en la tierra, son las mas veces, unos verdaderos vidrios de aumento calculados para que el hombre mire al hombre i no a otra cosa. Por ellos he venido a desayunarme con la noticia, que esa sombra de vida, es el animal mas perfecto i el mas intelijente de

cuantos pueblan la superficie de un globo que aun no conocemos a las derechas, el fondo de los mares que conocemos ménos, i las entrañas de la tierra, de las cuales, ni aun por malicia, podemos saber nada de 4 quilómetros para abajo.

Conclusiones de esta latitud no pueden admitirse sino con grandes restricciones. Un tribunal compuesto de espíritu de raza, de filosofía sentimental i de poesía, será siempre el ménos competente para resolver cuestiones de primacía de esta naturaleza, sino tercián en el debate con voz i voto, ramos especiales de ciencias naturales, la medicina, la anatomía comparada, los conocimientos del ingeniero i la fria independencia del libre pensador.

No siendo ahora mi objeto ocuparme del hombre, sino con relación a su supuesta importancia tanto en este mundo, cuanto en los que revoletan por allá léjos, no debe estrañarse que a una cuestion tan importante solo consagre yo algunas palabras de pasada. Dejando pues a un lado a los panejiristas de las preeminencias de nuestra raza, que son muchos, me concretaré a seguir brevemente en su marcha, a los dos fantásticos i eruditos sábios autores de la poética obra *El mundo ántes de la creacion del hombre*, por contener esta obra, a mas de las razones de éstos sábios, las que han espuesto muchos otros sobre el mismo asunto.

El hombre animal o puramente físico dicen, acredita que es el mas perfecto de todos los animales:

1.º «*Porque anda derecho en dos piés.*» Como si tuviera mas. Los médicos i cirujanos aseguran, sin embargo, que mas le valiera andar en cuatro, por la conformacion del intestino coecum.

2.º «*Porque estando derecho puede hacer uso de sus dos manos mejor i mas libremente que los demas animales.*» El mono dispone de cuatro manos a un tiempo, i a mas tiene la facultad de convertirlas en otros tantos piés, cuando le dá la gana; lo que no puede hacer el hombre; i a mas le sobra la de empuñarla que tiene en la cola.

3.º «*Porque tiene las pantorrillas gruesas i carnudas i en ellas una fuerza asombrosa.*» Que mui buena pró le haga lo de la buena pantorrilla; sobre todo si encuentra saraos donde lucirla; que no cuidándose mucho de ellos los demas animales, mui bien que están con sus enjutas canillas, en las cuales reside tal fuerza de resistencia i de elasticidad, que si las de la pantorrilla humana merecen el nombre de asombrosas, no queda calificativo en el diccionario, para las que campean en las inhumanas.

4.º «*Porque es mas valiente que todos, i que vence al leon, al tigre, al elefante, etc.*» Muchos errores i mucha confusion en pocas palabras. Aquí solo tratamos del hombre animal, i no del hombre intelectual. El hombre puramente animal es, talvez, i sin talvez, el ser mas débil e indefenso de la creacion.

5.º «*Que trepa con facilidad montañas i desciende con la misma a los abismos.*» Con mas facilidad las suben los huanacos, el mono, el perro, el gato, con un millon de etcéteras mas; i en cuanto a descender, apartando la hondura a que baja el hombre cuando desciende del poder, de igual privilejio gozan los ratones i las hormigas comparativamente hablando.

6.º «*Porque es mas resistente que los demas animales, como consta de la plena averiguacion de que son mas largas las marchas de la infantería en los ejércitos que las de la caballería.*» Pudiera contestarse al que tal dijo: *jagú mi alma!* Sin embargo, la noticia no carece de importancia: ya sabemos que cuando se nos ofrezca una dilijencia urjente, a un lugar distante, lo primero que deberemos hacer es dar un puntillon al caballo, i mandarnos mudar a puro vigor de pantorrilla.

7.º «*Porque tiene sobre los demas animales la apreciable ventaja de comer de todo.*» Es mui cierto, i tanto, que hasta come hombres por gusto, i no por necesidad, para que pudiera hallar disculpa su voracidad: cosa que nunca se le ha ocurrido a animal ninguno; pues el hambriento lobo solo devora el cadáver de un semejante suyo, a falta de otra cosa con que sustentarse.

La palabra antropófago se ha creado solo para el hombre. No se crea que semejante atrocidad es de ahora, pues Plinio señala muchas naciones con esta espantable costumbre. Tito Livio dice que Aníbal hacia comer carne humana a sus soldados para hacerles mas feroces; i el abate Mallet, escritor del siglo pasado, despues de asegurar que muchos pueblos hacian lo mismo, concluye con estas palabras: «hasta que dulcificados por las artes i civilizados por la *imposicion de las leyes,*» etc. En cuanto a la ventaja de comer de todo lo demas, lo mismísimo hace el cerdo, la gallina, el mono i hasta el tiburón que ni siquiera deja pasar por alto los tarros vacíos de sardinas, que arrojan los navegantes al mar.

8.º «*Porque vive mas años que el caballo, el perro, etc.*» Pero comienza siempre mas tarde a hacer lo que hace el caballo i el perro; i si a estos aventaja en lonjeveridad, se queda mui atrás al lado de lo que vive el elefante, la ballena, i muchas veces un pobre loro.

9.º «*¡Porque el hombre habla!*» I con esto ya parece que lo han dicho todo; por esto tambien los sábios terminan, con esta razon de grande efecto, la apolojía del hombre animal. ¿I en qué pueden fundarse para negar que exista igual o semejante privilejio en los demas animales?

La trasmision de las ideas no solo se hace con los sonidos articulados de la voz, se hace tambien con otro mecanismo que se llama lenguaje accionado. La cuestion no puede salir de aquí: ¿Se comprenden o nó los animales entre sí? Negarlo es negar la evidencia; luego hablan. El que no sepamos como lo hacen, no es motivo lójico de negacion. La verdadera diferencia que hai es, que el hombre necesita aprender a hablar, i sino no hablara; miéntras que el animal nace sabiendo. Por mui oculto que coloquemos un plato con azucar humedecida en una enramada, basta que una abeja lo descubra, para verlo, momentos despues, cubierto de moscas de la misma especie. Pruebas tenemos, sin salir de Chile, que nuestro loro comun, la gallina doméstica i muchas otras aves, usan lenguaje articulado para entenderse entre ellas. Las bandadas de choroyes i de loros que acuden con grande algazara a nuestros sembrados, cuando van en marcha, destacan exploradores, que precediéndolas, desvian con su voz articulada el rumbo de la masa, para librarla del cazador i del guardian que la espera en acecho; i cuando se abaten, siempre dejan, en las alturas, centinelas que no cesan un momento de hablar con los de abajo, para anunciarles que pueden comer tranquilos, o que el peligro les amenaza. A la gallina, mejor observada, se le entienden tan bien algunas palabras, que quien quiera que pueda imitarlas, haciendo uso de ellas en un gallinero, produciria entre aquellas aves, el mismo efecto que las mismas palabras producirian si fuesen dichas por ellas mismas.

Olvidábaseme decir, que entre las preeminencias del hombre animal, sobre los demas seres de la creacion, figura tambien la facilidad que tiene para aclimatarsé en todo clima. Mui bien; i como aquí acaba el catálogo de todas ellas, trataré de completarlo agregando otras preeminencias que se han dejado en el tintero los eruditos autores que dejo citados.

1.ª El hombre animal, i aun el intelectual nace desnudo i sin defensa natural ninguna: primera ventaja de su organizacion física.

2.ª Despues de nacido, necesita de muchos años de íntima tu-

tela, para que sepa siquiera lo que puede comer sin reventar o enfermarse; i en seguida, de algunos años mas, para que pueda sin auxilio extraño, proveer a sus primeras necesidades.

3.ª Primacia: los sentidos, fuente de las ideas i del racionio, son en el hombre mas embotados i harto ménos perfectos que en la jeneralidad de los animales. Nada puede compararse con la perfeccion i el prodijioso alcance de la vista de las aves. El hombre no mira a un tiempo para atras i para adelante, como lo hace el camaleon: el gato ve de noche lo mismo que de dia. La delicadeza del oido, en los animales, es proverbial, i las orejas del caballo, del burro, de la liebre i de tantos otros animales que gozan de la facultad de moverlas, favorecen mas la audicion, que las del hombre, pues pueden dirigir aquellos embudos, sin esfuerzo ninguno, i aun en opuestas direcciones, hácia los ruidos que quieren percibir mejor. El órgano olfativo de los animales, en jeneral, es tan sensible, que un perro perdiguero puede percibir, en el aire, el rastro del vuelo de una perdiz. No sé si el eterno mascar i el pausado saboreo del cerdo, significan gustar; pero sí, imagino que nuestra natural desnudez puede hacernos superiores a los demas animales en el tacto.

4.º El animal hombre no vuela.

5.º El animal hombre no nada.

Resumiendo: el hombre físico no es mas que una coleccion de todas las facultades animales, reducidas al minimun de su eficacia. Es, como si dijésemos, el doctor enciclopédico, que a semejanza del que estas líneas escribe, de todo pica su poco, sin que por esto le sea dado hacer algo con perfeccion.

Pasemos ahora al hombre intelectual, al rei *in pártibus* de la creacion; i veamos si la intelijencia es tambien esclusivamente suya.

Aquí varian casi por completo las condiciones del imperfecto animal que dejamos atras; pero no se crea que varian, porque los demas animales carezcan de lo que llamamos razon. Negarla en ellos, seria atribuir distinto orijen a idénticos resultados: a lo ménos así parece desprenderse del estudio aunque imperfecto, de los usos i costumbres de algunas razas de animales, del modo i forma con que proveen a sus necesidades, i de la prevision, cálculo, órden i concierto con que hacen sus marchas, establecen sus trabajos, hacen reconocimientos, despachan i reciben emisarios, i construyen caminos donde pueden marchar veinte individuos de fren-

te, siendo de notar, que la humanidad no hacia uso de semejantes facilidades para el tránsito en la antigüedad, i que ya mucho ántes que los romanos construyesen vias de comunicacion, algunas clases de hormigas les habian dado ejemplo. Estos industriosos e inteligentes animalitos, construyen algunos puentes tubulares para salvar alturas, socavones, caminos encubiertos para precaverse de los peligros; i a su industria, empeño i concierto, se deben las construcciones de esos pueblos colosales que admiran al viajero que recorre el Senegal o el reino Maduré de la India; construcciones alzadas i terminadas en un solo verano, i que, revestidas con un cimiento duro e impermeable, alcanzan a una altura de seis piés sobre el nivel del suelo. Una pirámide de seis piés de altura, es para una hormiga de una línea de alto, lo que seria otra pirámide de 864 estados para el hombre!

Juez i parte al mismo tiempo, todo lo suyo lo atribuye el hombre a su intelijencia, todo lo ajeno, al instinto automático. La razon para el hombre es una chispa divina que nació con él i para él: el instinto, una simple máquina movida por la accion vital i nada mas. «*Para el hombre se hizo la razon: para el animal no » hombre, el instinto.*» Nueva i torpe equivocacion; pues todos los seres que componen el reino animal, gozan, cual mas cual ménos, de ambos privilejios.

El instinto de conservarse, el de estar libre, el de defender lo suyo, el de reproducirse, el que produce los feroces arranques del macho cuando se le disputa la hembra, i muchos otros mas, son del comun dominio de todo viviente; i el espíritu de prevision tan necesario siempre, no ha tenido jamas a la razon humana por único padre.

Ese instinto tan mirado en ménos, ese saber que nadie ha enseñado, que es casi propio del animal que llamamos irracional, que tanto vale, i que tanta falta hace al hombre en toda su plenitud, mas disminuye que enaltece, la supuesta perfeccion de éste sobre la de los demas animales.

Vistos nuestro insignificante valer físico, i los para nosotros portentosos resultados producidos por el íntimo enlace de la razon con él, reconocemos los poderosos motivos que asisten al hombre para enorgullecerse; pero no admitiremos jamas que este arranque de justo entusiasmo para con nosotros mismos, nos ciegue hasta el extremo de negar absolutamente los favores de la razon, a otros animales que no por mal estudiados i peor entendidos, dejan de

ser por esto hijos lejitimos del mismo portento que nos ha dado el sér.

Mas justos seriamos en la decision de esta cuestion, si imitásemos al buen Alconta, aquel honrado i caritativo inocente que vivió entre nosotros cuando la guerra de la independenciam, i que acostumbraba pedir limosna, llamando, por cariño, *tonto* al que se la daba. Era este buen baron un partidario ciego del rei Fernando VII, i sin embargo, si, cuando se le decia que repitiese la frase: *Viva la patria!* se le exijia que dijese: *Muera el rei!* al instante respondia: «*no tonto, déjalo que viva tambien.*» Hagamos lo que hacia Alconta, que viva en hora buena la razon del hombre, que viva en la misma hora la del animal.

En cuanto al hombre moral propiamente dicho, debemos, a gran prisa, decir lo mismo, por temor de ver encrespase la cuestion; i tan verdad es esto, que bastará citar un solo ejemplo para dejarla fuera de duda. Dicen los sabios Figuiet i Zimmermann estas palabras: «*Los mas nobles sentimientos, el amor filial, el amor materno, el que inspira una persona de otro sexo, todo esto es del dominio ESCLUSIVO del hombre...*» ¿Por qué no agregaria la amistad, i el amor al prójimo?

Solo entre los hombres se encuentran los nobles sentimientos de vender, para esclavos, el padre al hijo, el hijo al padre, la madre al hijo, i si pudiera al marido, como acontece, dia a dia, en las costas africanas, en cambio de licores, de tijeras o de avalorios: i no se diga que esos nobles sentimientos los promueve la ignorancia; pues son los hombres civilizados quienes los hicieron nacer, i aquellos que los siguen fomentando, a pesar de los cañones i de los castigos que les inflijen las naves cruzadoras que custodian aquellos mares; ni tampoco que los actos que ejecutan esas mismas naves, están probando la nobleza de los sentimientos naturales del hombre; porque lo que aquí se persigue, se autoriza mas allá; porque la esclavatura existe desde que existe el hombre; i porque hasta las mismas leyes han terciado i terciado aun autorizando tan atroz carencia de amor a sus semejantes. Al hombre civilizado, i no a animal alguno, se le ha visto siempre, i se le ve en el dia, arrancar del pecho de la negra esclava, al tierno niño, i venderle impávido, e insensible como quien pudiera vender un perro! ¡¡¿Qué nobles sentimientos paternales se pretende encontrar en semejantes fieras?!!

Estos sabios aduladores del hombre, que solo parece que vieran

mejor lo que no tienen a la vista, que aquello que les saca los ojos, agregan: «*que una perra muerde a sus perrillos para que no mamen cuando pueden valerse por sí solos; lo que tiende a probar que esa perra, ya los desconoce como hijos, cosa que nunca hace un ser humano.*» Otra equivocacion. La madre mujer, para despechar al niño, se pone hasta acíbar en el pecho; i muchísimos padres hombres, si tuviesen colmillos, morderian a sus hijos, cuando llegados a la edad de buscar la vida por sí solos, se inclinan holgazanes a los regalos del hogar paterno.

«*El amor que inspira al hombre una persona de distinto sexo,*» tienen la sencillez de atribuirlo, como acto de delicada nobleza, solo al jénero humano! ¿Quién ignora la deferencia especial de todo macho para con la hembra? Solo los turcos, i esos son hombres, miran a la mujer como a animal inmundo. Es forzoso creer que los que tales cosas dan por sentadas, no se han fijado siquiera en la vida de las aves que nacen pareadas, en las palomas domésticas con sus arrullos, sus lutos i su viudedad. Si las leyes civiles i relijiosas con todos sus apremios, existiesen para esos animales, su union i su manifiesto mútuo cariño no serian mayores de lo que son ahora, por la sencilla razon de que esos nobles sentimientos nacen con ellos, al paso que la lei i las costumbres se los imponen al hombre.

¿I las demas virtudes nobles i espontáneas, propias solo del hombre, será preciso enumerarlas? No por Dios, *peor es meneallo*. La frase, pura i divina emanacion del cielo: «A tu prójimo como a tí mismo» es de tan sublime i de tan lato significado, que parece que no cupiese en los estrechos límites del mundo. Ábrase el Código criminal de la nacion mas civilizada que se conozca, i se verá, vergüenza dá decirlo, que en cada pájina, en cada frase, en cada palabra, no solo encontramos tristes i evidentes pruebas de la preexistencia de diversos instintos en el corazon del hombre; sino tambien otras, mas dolorosas aun, que tienden a evidenciar que hasta la mayor parte de las virtudes le son impuestas por la fuerza al ser mas perfecto de la creacion, a la imájen de Dios en la tierra, al hombre!

Para qué proseguir. Digamos mejor con el buen Alcenta: vivan las virtudes i la moralidad del hombre; vivan tambien las de los animales!

No negamos ninguno de los progresos que ha alcanzado hasta ahora el injénio humano, progresos tanto mas sorprendentes,

cuanto menor es el poder natural de nuestra raza físicamente hablando; pero lo que no podemos, ni podremos admitir jamás, es que se niegue a los demás animales, razón, virtud, perseverancia i cálculo.

No comprendemos, pues, de dónde ha podido sacar el hombre tanta entereza, tanto desplante, no solo para adjudicarse la importancia quijotesca de ser entre los animales el primero, sino tambien para imaginarse i creer a pié juntillas que cuanto existe en la inmensidad, aunque el inventario esté aun mui léjos de llegar a su noticia, ha sido hecho por causa de él, i para él. Por cierto que, si la iglesia no nos dijese, con su acostumbrada seriedad, que ese átomo de que hablamos ha sido hecho por Dios a imájen i semejanza suya, sobrados motivos tendríamos para negarle tan divinas proporciones. Verdad es que no se sabe qué admirar mas, si el portento de la anatómica pequeñez del hombre, respecto al todo, o el portento del excesivo cariño del Supremo Artífice hacia la raza humana; pues no solo dió a cada uno de los átomos que la componen, su perfecta imájen, sino que a cada uno, tambien, le tiene abierta una cuenta corriente de cargo i data, en la cual con divina e imponderable paciencia, va sentando día a día i momento a momento, las obras buenas i malas, i hasta los mas recónditos pensamientos de semejantes protegidos, para premiarles, con eterna dicha, si han sido buenos muchachos, o para zurrarles la badana, por igual tiempo, en caso contrario en otra vida.

Al llegar a este punto esclaman muchos! ¿i si esa verdad fuese mentira?!... Por lo que a nosotros toca, mentira o verdad la aceptamos como necesaria i provechosa; puesto que siendo mentira, no dejaria de ser por esto, la mentira mas útil, sabrosa i grata para el corazon humano, de cuantos han podido, pueden i podrán inventar los mentirosos, desde ántes hasta ahora, i desde ahora hasta la consumacion de los siglos.

Podrá álguien imaginarse que un sábio frances, que lo es sin duda, como lo manifiestan sus estudios sobre las poblaciones (1), haya podido esclamar en un arranque de admiracion al contemplarse: *Talvez sea tan necesaria a la existencia de la tierra, la del hombre en ella, cuanto es necesario para la del universo el que la tierra exista!!* Segun esto, ¿no es verdad que es de compadecer al Sol i a sus numerosos compañeros, cada vez que les asalte la idea de que el hombre puede concluir?

(1) M. D'Armislaville: Estudios enciclopédicos.

Cuántas veces al contemplar un charco de agua detenida i poblado de renacuajos, no nos hemos preguntado, ¿si esos séres para quienes todo lo creado no se estiende mas allá de los límites de aquel pantano, no abrigarian talvez iguales o mayores pretensiones que las que abriga el hombre? ¿Por qué no han de creer, tambien, que ellos son los animales mas perfectos de la tierra, i que todo se ha hecho para ellos? ¿Por qué un escritor renacuajo, no podria decir con la misma razon que otra cualquiera: las ranas son tan necesarias a la existencia de nuestro charco, como la de éste lo es a la del sol? El sol, sin embargo, seca el pantano: todos los renacuajos saltan, todos se ajitan, todos piden misericordia, todos creen que aquel es el fin del mundo, todos mueren.

I Febo en tanto, irradiando lumbre  
Sigue en silencio su inmortal carrera! (1)

Pero dejando a un lado la pequeñez relativa del hombre, porque en resumidas cuentas, séres hai harto menores que él, pasemos a considerarle como él mismo se considera, esto es, como una gran cosa, como un ser de alta significacion en lo creado, i sobre todo indispensable para la tierra, como dice mui bien el buen Diderot: «*el hombre no vale nada sin la tierra; la tierra no vale nada sin el hombre.*» La raza humana es inmortal dicen otros; i para probar ésta, para ellos, verdad, llenan tomos enteros. Los sectarios de Confucio, van mas léjos aun; consideran al hombre como materia primera de la creacion, como verdadero cuerpo elemental.

Estudiemos, pues, a la lijera, este nuevo elemento en donde mas resalta su accion creadora; estudiémosle en las asociaciones políticas, ya que no podemos divisar su influjo sobre el modo natural de ser de cuanto existe; porque si bien barruntamos que con cortar un istmo, o echar un cable sub-marino, hemos hecho mucho, ese mucho es solo perceptible para el hombre i para otros séres animados de su idéntica mínima cuantía, i nada mas.

¿Qué son en efecto esas aglomeraciones humanas a las que damos el pomposo nombre de poderosísimas naciones? ¿Viven éstas, acaso, un dia mas que sus fracciones a las que damos el nombre de ciudades? ¿Cuál es su supuesta influencia en la tierra? ¿Qué queda de ellas poco tiempo despues que se las ve nacer?

(1) Versos encontrados en un periódico que floreció en los tiempos del antiguo Pipiolismo:

No solo la accion del tiempo que todo lo modifica o concluye, no solo las violentas perturbaciones, a que está sujeta la superficie de nuestro planeta, contribuyen a acortar su efímera existencia; los elementos mismos de que se componen, rechazan hasta la idea de su ilimitada duracion.

El elemento o materia primera de los sectarios de Confucio, el hombre, solo es elemento para formar naciones o para abonar tierras despues de muerto. Fuente constante e inagotable de donde fluyen las causas propulsoras que disgregan las asociaciones que él mismo ha formado, cargue Barrabás con el influjo que ejerzan en el mundo las obras que salgan de su mano.

Bastará, para nuestro propósito, citar en apoyo de esta desconsoladora verdad, algunas de las propensiones naturales del hombre, propensiones que si bien duermen, nunca alcanzan a morir, mientras él vive.

Así, cuando el hombre se encuentra mas abajo que otro, o sometido a otro, no obedece mas que a una sola fuerza, que es la que le impele de abajo hácia arriba hasta dejarle colocado encima. Cuando está encima, la fuerza ascendente, que le empujó, queda de hecho neutralizada por otra no ménos poderosa que obra en sentido contrario, esto es, de arriba para abajo. Algunos filósofos dan a esta fuerza reactiva los nombres de tiranía i de despotismo. Nosotros solo la conocemos por sus efectos que son semejantes a los que producen los torrentes que corriendo al pié de los edificios, desvían sus cimientos i dan con ellos en tierra; puesto que esa fuerza arrastra los del edificio social, llevándose por delante la libertad, la seguridad i la propiedad, bases que son, ademas, para las sociedades humanas, lo que es el sol para los planetas que jiran en torno suyo: el único foco de atracción, de union i de orden.

El segundo principio o fuerza disolvente a que obedece la pobre humanidad, i que muchos llaman fanatismo, no tiene punto fijo de partida. Unas veces obra de abajo para arriba, otras de arriba para abajo, aumentando su intensidad cuando partiendo de ámbos extremos ejerce su presion en un mismo sentido. El valor de ella, en este último caso, es tal, que ningun ingeniero mecánico ha podido hasta ahora designar el número de caballos nominales que representa; i por esto creemos que mejor lo pudieran apreciar los médicos, pues, segun consta, el fanatismo entra en el dominio de la patología cerebral.

A esta fuerza deben las asociaciones humanas guerras fratri-

das, guerras internacionales, persecuciones, hogueras, espulsiones parciales, i espulsiones por millones. Contra el fanatismo no hai en el dia para-rayos; si se le contempla, domina, si se le resiste, embiste.

El espíritu de conquista o el del robo i del despojo a mano armada, es la última fuerza o lei que por ahora queremos señalar. Esta fuerza en la cual predominan los elementos tiranía, insensatez i tal cual chispa de fuego eléctrico, es la que mas ejercita i trabaja los hilos elásticos que demarcan el territorio de las naciones, i la que mas inmediatos efectos produce sobre su aumento precario, su desmembracion i su muerte. Emulo de las pestes mas asoladoras, i aun mas terrible que ellas mismas, puesto que no solo mata, sino que tambien empobrece, al espíritu de conquista deben las sociedades humanas los ejércitos permanentes de mar i tierra, las abrumadoras contribuciones, la ruina de la agricultura, de la industria, del comercio i tantas otras calamidades que hacen tan precaria la existencia colectiva de los hormigueros humanos que apénas divisamos en la superficie de la tierra de nuestro globo de marras.

Estas fuerzas, sin contar mil otras, ya juntas, ya aisladas, son la carcoma permanente de las naciones; i es sabido que el hombre, único componente de estas últimas, solo permanece en algun punto del mundo, su verdadera patria, miéntras juzga que puede gozar en él la mayor suma de las dichas posibles.

¿Cuál es en efecto la longevidad de las naciones? ¿Tienen siquiera forma estable? ¿Qué frontera puede haber que no se estreche? ¿Qué frontera puede haber que no se ensanche o no se borre del mapa para siempre? ¿Qué nacion puede asegurar que lo será mañana? Entre su grandeza i su decadencia, entre su decadencia i su muerte hai, a veces, tan corto trecho, que hasta el nombre, que las distingue de las demas, se perderia, si no lo recojiese solicita la historia.

La vida de una nacion es la imájen abultada de la vida del hombre. Este i aquellas nacen débiles, crecen titubeando, dan caidas i están sujetos al aprendizaje i a las tiránicas impertinencias de los que tienen mas edad o son mas poderosos que ellos: llegan a la edad viril, deslumbran por su poder, i olvidando lo que fueron cuando débiles, se constituyen en tiranos de sus menores. Viejos en seguida, decrépitos despues, solo les resta vanagloriarse con los eternos cuentos de su edad florida, i mueren. Ambos dejan un tú-

mulo en la tierra: el hombre, lozas sepulcrales de efímera duración; las naciones, destruidos i musgosos monumentos en los lugares que ántes fueron orgullosas metrópolis.

Las naciones consideradas individualmente, como el hombre individual, están condenadas a una muerte: solo renace el hombre en sus hijos, como renace una nacion en sus colonias. Poblado está el mundo de naciones mómias, cuyos cariados restos solo se descubren a fuerza de escavaciones.

¿Dónde están las poderosísimas naciones que florecieron en la antigüedad? ¿Qué nos queda de ellas apartando las ridículas consejas que llamamos fábulas? tal cual monumento científico i material, i nada mas.

Tiro, la feliz Inglaterra de la antigüedad, esa opulenta capital de la Fenicia, joya del Asia menor, coronada de gloria i de majestad segun las sagradas Letras, i centro de príncipes i de nobles que disponian de tanta copia de riquezas, que el oro i la plata eran mirados por ellos, como si fueran tierra; Tiro, reina absoluta de los mares, que abrazaba el mundo entero, conocido entónces, con su comercio, con sus naves i con su industria, que fundó las colonias de Bisertó, Trípoli, Berberia, Cartago, Tartesio, Cádiz i otros muchos establecimientos i factorías en las estensas costas que solícita frecuentaba, cuando mas envidiada i temida, cuando mas cimentado consideraba su poder, cayó de golpe envuelta entre sus propias ruinas, bajo la brutal cuchilla de Alejandro; i aunque merced a su vitalidad se alzó en seguida, embrutecida despues bajo el dominio turco, apénas sirven ahora, dice Yacourt, los restos esparcidos de sus columnas de jaspe i de porfiro, a sustentar las pobres redes de algunos miserables pescadores. La poblacion actual de la opulenta Tiro, no pasa de doce miseras casuchas, habitadas por turcos i por árabes.

La, en un tiempo, poderosa España, ensaya ahora gobiernos como un viejo gotoso ensaya calzados, sin que ninguno le caiga bien al pié. Se acabaron para Portugal los gloriosos tiempos de Bartolomé Diaz, de Gama i de Albuquerque. Para la rica, mercantil i guerrera Holanda, los de Ruiter i Tromp. Todavía recuerda la Inglaterra el impuesto Dane-Gelt que le obligaban a pagar los entónces poderosos dinamarqueses. Proseguir citando hechos en este sentido seria sinónimo de no concluir jamas.

De lo espuesto se desprende naturalmente esta pregunta. ¿Se necesitará de mucho tiempo para que se operen estos dolorosos

pero precisos cambios? La historia moderna, única que nos inspira casi completa fé en su cronología, i nada más, responde que no. Tres siglos bastan para operar muchos prodijios; i, que son trescientos años para la vida del mundo, cuando son tan poca cosa para la efímera del hombre? Pero no vamos tan allá, veamos lo que han tocado con la mano nuestros padres i los hijos que aun les sobrevivimos en un solo siglo. Recorramos a la lijera los últimos 100 años que terminan en el corriente de 1875.

Cien años, la vida de un hombre; i esto sin recurrir a casos mui extraordinarios; pues nuestra escasa poblacion los exhibe con frecuencia en sus censos decenales. Viejos he conocido en Chile de mas edad, i uno que decia con la mayor naturalidad por un hijo suyo, que pasaba de 90: *¡este muchacho es incorrejible!* En las Transacciones filosóficas se hace mencion de hombres que han alcanzado a la edad de 144 años i hasta la de 160, i segun el doctor Petit, profesor de medicina i anatomía en la Academia de ciencias de Francia en el año de 1765, el hombre que no muere por intemperancia o por accidente, vive jeneralmente de 90 a 100 años.

Evocando pues los recuerdos históricos que el tiempo ha dejado en mi memoria, voi a sentar su cronología del modo mas lacónico que me sea posible, para que se vea lo que son cien años en la vida de las asociaciones humanas, i sin salir de Europa i de América.

Es de desvanecer la febril i constante fermentacion de los menudos séres de nuestra raza, en el sentido de asociarse, de disgregarse, de destruirse, de embrutecerse o de perfeccionarse. Este siglo que encierran los años 1775 i 1875 ha visto nacer quince reinos, nueve imperios, veinticuatro repúblicas i dos confederaciones de príncipes i monarcas: ha visto desaparecer o morir nueve reinos, seis imperios, diez repúblicas i dos confederaciones: ha visto a dos papas encarcelados i a otro despojado de sus estados: ha visto lanzados, con mas o menos violencia, de sus tronos a once emperadores i veintiun reyes, de entre los cuales cuatro emperadores i dos reyes perdieron, junto con sus estados, la cabeza a manos del verdugo!

Para que haya podido realizarse todo esto, en tan corto tiempo, cuánta sangre, cuántas desgracias, cuántos trastornos i ¿debido todo a quién? al sér mas perfecto de la creacion, al hombre!!

En ninguno de estos actos ha tenido, ni una mínima parte, la

marcha tranquila e imponente que observamos en los fenómenos que afectan tanto a nuestro pequeño planeta, cuanto a los demas que ostenta el universo visible. Esos trastornos a los que el orgullo de raza da tanto alcance, esas obras para muchos monumentales i eternas, con las que el arte humano presume llegar a la inmortalidad, son para la sola superficie del globo, lo que son para los hombres las contiendas i el imperceptible polvo que remueven los microscópicos insectos en la superficie del suelo que hollamos con nuestros piés.

Todo acaba, i lo que es humano con mas rapidez, i muchas veces cuando ménos lo esperamos. La opulenta Tiro tiene hoi su asiento en la *pérfida Albion*, ¡quién sabe dónde la tendrá mañana!

VICENTE PÉREZ ROSALES.

---